

Profesor: Dr. D. Alfredo López Serrano

9 - PEREGRINACIONES Y CATEDRALES

El sueño europeo de la mano del arte románico y gótico

“Europa nació de la peregrinación”
Goethe

La inseguridad como punto de partida

Entre los temas que hemos abordado hasta ahora, el correspondiente al período medieval es tal vez el que mejor conocemos o al menos del que más noticias hemos tenido en nuestra formación académica, por lo general. A fuerza de repetir los tópicos sobre la Edad Media hemos llegado a pensar que lo conocemos todo sobre ella. Cierta cansancio sobre su estudio puede producirse al sentir que todo es evidente, o casi, en un período tan analizado, cuando lo cierto es que pocos son los que de verdad conocen su historia, salvo un pequeño círculo de especialistas, y dentro de ellos los que tienen la suficiente sensibilidad como para entender la vida en condiciones tan diferentes de las actuales. Hay algo más que el estudio de las tipologías artísticas, de las escaramuzas bélicas o de las relaciones feudales. Hay una historia interior, íntima, del mundo medieval europeo, que se difunde a través de las rutas de peregrinación y se manifiesta de modo privilegiado en el arte que jalona estos caminos.

Inseguridad. Esa es la palabra que con más precisión caracteriza la Edad Media europea y nos ayuda a entender la mentalidad de la época. Inseguridad motivada por recurrentes invasiones de los pueblos de las estepas asiáticas (después de los hunos llegaron los húngaros, los mongoles y los turcos), de los escandinavos en sus diferentes oleadas, de las *razzias* de los musulmanes a los que dedicamos la clase anterior. Cuando apenas Europa se recuperaba de una de estas incursiones de saqueo, llegaba otra que impedía hacerse esperanzas sobre el futuro, no ya de la economía o las ciudades, sino de la misma vida y de la salvación del alma.

A cambio de la efímera seguridad que los señores feudales, herederos de la tradición germánica de relaciones personales, gracias a las cuales podían ofrecerse ayuda mutua unos señores y otros, los campesinos eran capaces de soportar las penalidades de una vida absolutamente embrutecedora, y a cambio de la seguridad anímica, capaces de renunciar a todo pensamiento que pusiera en entredicho la fe, única tabla de salvación, si no en esta vida, sí en el más allá. El anonimato impregna las obras de los europeos del momento. Salvo los reyes, grandes nobles y los altos dignatarios eclesiásticos, se renuncia no sólo a la fama, sino al propio nombre individual. Se renuncia al yo y a la libertad personal, pues no

se puede asumir la soledad de tomar las riendas de la propia vida. No conocemos los nombres propios de los pocos escritores, de los artistas, de los arquitectos. Nada de lo que pensaban los campesinos, las campesinas, sus hijos; nada de lo que pasaba por la cabeza de los que tenían la suerte de llegar a la ancianidad.

El escapismo, la huida de la realidad cotidiana es el modo habitual de vida del ser humano en los difíciles siglos que se suceden desde la caída del Imperio romano hasta el renacimiento urbano y comercial del siglo XII. La idea de que esta vida no tiene importancia alivia los sufrimientos de los más desfavorecidos. Las malas cosechas, las permanentes enfermedades, las epizootias del ganado, el parasitismo constante, los ataques de salteadores de caminos, las hordas guerreras que asolaban países enteros. No había forma de oponerse a la voluntad de Dios, expresada tanto a través de las fuerzas de la naturaleza como de las crueles acciones de los humanos, convertidas en instrumentos de la cólera divina.

Las hambrunas llegaron a tales extremos en algunos momentos de la Europa del siglo XI que, cuando se exterminó todo tipo de vida animal y se terminaron las plantas y raíces, los seres humanos se mataban entre ellos para robarse cuando se rumoreaba que las víctimas tenían comida o simplemente para devorarlas. Lo que ha quedado en la tradición, ya olvidada, de infundir temor en los más pequeños, entonces fue una realidad: se raptaba a niños para saciar el hambre. Sólo la debilidad orgánica y mental puede explicar los abundantes testimonios de personas de la época que vieron y describieron al diablo, al anticristo, a dragones gigantes o a ángeles y santos fantasmagóricos que intervienen en batallas.

Tantas calamidades parecían confirmar la creencia, basada en el Apocalipsis de San Juan, de que el fin del mundo coincidiría con el año 1033, es decir, mil años después de la muerte de Jesús. En los años sucesivos, tal vez Europa tocó fondo en su desesperación. Durante estos siglos, el miedo penetró hasta sus huesos, y se fijó en leyendas, en ritos colectivos y en supersticiones. Sólo podía encontrarse consuelo y esperanza en lo sobrenatural. La sed de milagros y de reliquias milagrosas abonaron el florecimiento de una mentalidad fanática, irracional, que despreciaba el mundo y el conocimiento.

Pero a partir de ese punto pudo comenzar la tímida recuperación, si bien el resto de la Edad Media vivió lastrada por las experiencias traumáticas colectivas vividas hasta el siglo XI.

El inicio de la recuperación. Las peregrinaciones.

En un libro reciente (*Auge desde la decadencia: El pensamiento apocalíptico y el origen de las ciencias naturales en la Edad Media*), el historiador alemán Johannes Fried sostiene la paradójica y sorprendente idea de que el milenarismo ayudó a los europeos a iniciarse en las matemáticas, en la astronomía y en el resto de las ciencias, pues comenzaron a ver un sentido al estudio: calcular lo que les quedaba de vida, a intentar entender

racionalmente y hasta predecir los designios divinos, ya que éstos se anunciaban a través de fenómenos meteorológicos o astronómicos excepcionales, como el eclipse que tuvo lugar en julio de 1033. Naturalmente en estos (tímidos) avances tuvieron mucho que ver los ya maduros desarrollos científicos de musulmanes y judíos, transmitidos a través de las diferentes vías de contacto y traducción de la época.

El espíritu milenarista, el sueño de un fin de los tiempos, ha permanecido en el subconsciente colectivo europeo, y podríamos decir que sigue ahí, inspirando de forma velada las doctrinas sociales, políticas e incluso científicas y filosóficas.

Hacia finales del siglo XI apreciamos un discreto cambio de mentalidad. Europa parece despertarse de ese letargo secular y, como vemos, comienza a surcar las vías del conocimiento, también la de la expansión exterior con la temeraria aventura de las cruzadas.

Las pequeñas iglesias románicas comienzan a convertirse en catedrales, y lo que era la pasión viajera de unos pocos devotos, que imitaban con su conducta a los musulmanes que peregrinaban por precepto, al menos una vez en su vida, a la Meca, se convierte en importantes flujos de personas a lo largo de los caminos que llevaban a las ciudades sagradas, Roma, Jerusalén y, naturalmente, Santiago de Compostela.

La sociedad seguía entregada a la religión concebida como una escapada, un apartar los ojos de los sufrimientos del valle de lágrimas que era en ese momento la Europa cristiana, y veneraba a sus santos y a sus reliquias en las capillas románicas. Pero la escapada comenzaba a tomar otros tintes cuando el fenómeno de las peregrinaciones empezó a cobrar una gran envergadura. De hecho se desertaba del propio pueblo, desligándose, en nombre de sentimientos devotos, de los férreos lazos que unían a la gente a su terruño más inmediato. Se seguía huyendo de la realidad cotidiana, pero de una manera que contribuirá a resolver el problema, el verdadero problema de la Europa medieval que era, ante todo, el aislamiento.

Las peregrinaciones a Roma y a Santiago se convirtieron en el mejor pretexto para huir del pueblo de cada uno, como hemos dicho, pero no pudieron evitarse los problemas de los asaltos, los precios abusivos, los timos y las incomodidades de la peregrinación. Los caminos de los peregrinos, al menos el que conducía a Santiago, llegaron a convertirse en una verdadera ruta turística, con sus posadas, sus puntos de información, sus servicios en ruta. La descripción del monje Aymerich Picaud en su *Codex Calixtinus* es más la de una práctica guía turística que la de un libro piadoso y espiritual, con más atenciones al plano material que al puramente religioso, objetivo declarado de la peregrinación.

El trasiego fue enorme: se ha llegado a calcular, tal vez con cierta exageración, que circulaba medio millón de personas al año en cada sentido. Pero sin duda esta cifra se rebasaba en los años santos. De esta forma, se pudo lograr una efectiva unión de la Europa cristiana, de sus pueblos y sus costumbres, al igual que el turismo lo ha hecho con España, Portugal, Italia y Grecia, en la segunda mitad del siglo XX. Ambos fenómenos de masas, la

peregrinación y el turismo, exigen a las autoridades, sean éstas las que sean, la garantía de la seguridad de las vidas y haciendas de los viajeros, y a cambio de los beneficios de estas rutas, los poderes públicos ganan legitimidad. Esto mismo sucedió con el Camino de Santiago. Los monarcas y todas las fuerzas feudales velaron desde su comienzo por el mantenimiento de las peregrinaciones, lo que les dio razón de ser frente a otros países europeos.

El concepto del *finisterre*, nuevamente ganado y asegurado para la cristiandad, tenía un sentido simbólico desde la época romana: simbolizaba el dominio del orbe, la presencia universal del cristianismo de un confín al otro. En este sentido, es significativo el intento de ganar Jerusalén (el otro confín, también centro de peregrinación), mediante una cruzada predicada por el Papa. Tras el fracaso de los cruzados, los intentos de conectar con pueblos más allá de las líneas musulmanas (como el de Marco Polo, los Vivaldi y, más tarde, del propio Cristóbal Colón) tendrán el mismo significado: la extensión universal del imperio cristiano, rememoración de lo que Roma consiguió en la Antigüedad.

Poco importa, pues, que el *finis terrae* no esté, no ya en el cabo de Finisterre en Galicia, pues el de Touriñán es un grado más occidental, y que en realidad el punto que se encuentra más al oeste de la Península sea el cabo de Roca, cercano a Lisboa. Lo que cuenta es el dominio de lo más remoto, de lo más agreste y alejado, como pueden comprobar los que han estado cerca de dichos cabos gallegos en la llamada Costa de la Muerte.

Poco importa, igualmente, que los restos de la tumba que se encuentran en Compostela no sean los de un apóstol de Jesús que murió decapitado en Jerusalén, y que según la Leyenda Áurea fueron trasladados por dos discípulos en una barca hasta Padrón, ni que fuera sólo ocho siglos después, a comienzos del siglo IX, cuando se descubrieron los “indudables” restos de Santiago en un campo señalado con resplandores estelares (*Campus Stellae*, probablemente fuegos fatuos), ni que hayan circulado los más variados rumores sobre los restos, desde que pertenecen a un équido (lo que procuraron difundir los luteranos europeos) hasta que se trata de las cenizas del hereje místico Prisciliano. Estas cosas podrían investigarse científicamente y darse a la luz pública, pero el caso es un tema nacional (la fiesta de Santiago coincide con el día de la Patria Gallega) y el tabú encierra el misterio, como el del monstruo del lago Ness y otros mitos de raigambre céltica. No es de buen gusto plantearse estas dudas e insistir en ellas. Y poco importan, pues lo que cuenta es el resultado, el enorme poder movilizador que tuvo Santiago de Compostela y la ruta que lo unió a la Europa medieval, moderna y contemporánea.

El arte al servicio de la idea de Europa

Tras el atrevimiento de comparar el turismo actual con las peregrinaciones, poco arriesgado parece encontrar similitudes entre el arte medieval y el del siglo XX, como han hecho algunos historiadores del arte. En efecto, el siglo XX trajo consigo la descomposición de la forma al servicio de la expresividad. Desaprendiendo de la técnica iniciada en el Renacimiento, los artistas intentaron por todos los medios lograr la ingenuidad que

encontraron en los frescos románicos. Picasso decía: “a los ocho años dibujaba como Rafael, y me ha costado muchos años llegar a pintar como un niño”. Se ha rechazado la imagen perfecta, la tiranía de la realidad, y se ha puesto el esfuerzo en lograr plasmar en los cuadros, en las esculturas, el mundo interior del artista. Eso mismo perseguía el arte románico. Podríamos pensar que en aquellos tiempos la causa del descuido formal fuese una simple falta de destreza técnica. Pero más que la decadencia de la tradición artística romana, fue decisiva en la formulación de las artes plásticas del románico la influencia de Bizancio, que había vivido su propia explosión iconoclasta, destruyendo imágenes que, según los iconoclastas, ponían en peligro el cristianismo al acercarlo demasiado al paganismo, y regulando de forma precisa los motivos y las características de la representación artística. Lo representado no era de este mundo, y era la fe la que tenía que darle su verdadera dimensión. Como el arte egipcio, el románico no describe seres reales, sino ideas sobrenaturales, y esto ha de ser inequívoco al espectador, pues el arte tiene, ante todo, una finalidad didáctica en ambos casos.

Siguiendo las rutas de los peregrinos (en general, aunque el nombre se reservaba en la Edad Media para los viajeros a Santiago, mientras se les llamaba *romeros* si acudían a Roma y *palmeros* si viajaban a Jerusalén), el arte románico se extendió por toda Europa, se unificó y la unificó, transmitiendo, a través de las formas, las ideas que subyacían en las representaciones, de la misma manera que hoy lo hace el cine o la televisión. La arquitectura, ese arte de distribuir los espacios, y las imágenes que en torno a ella se situaban, tenían y tienen un alto poder estructurante de las mentes y también de la sociedad. Ante un texto escrito uno siempre adopta una actitud activa y más fácilmente crítica. Ante las imágenes y la palabra hablada se tiende a la imitación y a la asimilación, en un proceso mental que describió brillantemente Marshall McLuhan (en su obra *La Galaxia Gutenberg*) y al que, tal vez, tengamos ocasión de referirnos de nuevo cuando hablemos del Renacimiento y del invento de la imprenta. Por cierto, nos encontramos ante un nuevo paralelismo entre el medievo con su vida rural, y la actualidad con su aldea global, detectado también por el intuitivo lingüista canadiense.

Tras el románico, que vive sus últimos y gloriosos momentos en el siglo XII, cambios importantes sacuden el panorama religioso y artístico durante la Baja Edad Media de la mano del arte gótico, aunque aún subsista en este nuevo estilo algo de la rigidez feudal y románica. No obstante, no debemos concebir este tránsito como algo brusco. Existen muchas muestras de que durante largo tiempo los dos estilos convivieron, y el primer gótico, el cisterciense, tiene una inspiración ascética que no se diferencia en su espíritu de la pureza del románico rural. Desde un punto de vista artístico, el gótico surge como una evolución técnica del románico, y no podemos dejarnos engañar por la radical contraposición terminológica que distingue el origen romano de uno y el godo de otro: entonces no se llamaba gótico, sino que el término lo acuña el neoclasicismo del siglo XVIII, y tiene un carácter peyorativo y retrógrado muy alejado de la intención innovadora que tuvo en los momentos de su aparición.

Con todo, es ya un tópico que el gótico busca la luz, la razón y el esfuerzo del hombre por ascender hasta la divinidad, por reconciliarse con la naturaleza humana, con la

sonrisa, con los sentimientos que hoy consideraríamos positivos. Tópico con el que estoy de acuerdo: Europa recupera la alegría de vivir, se sacude un poco el miedo de encima, encuentra su perdida autoestima colectiva.

A cambio, la Europa gótica se vuelve más estricta desde el punto de vista moral, al contrario de lo que había sucedido, al parecer, en el período feudal propiamente dicho, durante el cual, aparte de la fe, las virtudes cristianas eran prácticamente imposibles. En la Baja Edad Media volvemos a encontrar a los ricos dilapidadores, a los que se dejan llevar por los vicios, y también a los que les fustigan con su predicación y con su ejemplo, siguiendo a Santo Domingo de la Calzada o a San Francisco de Asís.

Las grandes catedrales que maravillan en toda Europa no son sólo el monumento de la fe de un pueblo, sino también de la riqueza de sus burgueses, de la competitividad entre las ciudades renacidas gracias al comercio y al lucro, que se enseñorea de Europa desde el norte hanseático hasta las florecientes villas italianas, pasando por los núcleos comerciales surgidos al calor de las ferias del interior del continente y su expansiva agricultura y ganadería.

La búsqueda de la altura en sus iglesias, además de una evolución técnica desde los pesados muros románicos, es el orgullo de los arquitectos y albañiles (*mason* en inglés) que de esta forma osan retar a Dios en una especie de nueva edición de Babel, seguros de sus conocimientos técnicos robados al mismísimo Gran Arquitecto.

Y tras las diferencias entre un estilo y otro, un hilo conductor los comunica y les da continuidad. Entre el románico y el gótico fluye la idea de una Europa en vías de reconocerse de nuevo a sí misma, de cobrar una identidad que se nutre de rivalidades, sí, pero también de profundas semejanzas y cooperaciones. Una Europa que se preparará así para el enorme salto en su expansión que supondrá el descubrimiento del Nuevo Mundo.

La peste negra, la crisis bajomedieval y la vuelta a la inseguridad

Sin embargo, el tránsito al Renacimiento, que se preveía rápido y seguro a finales del siglo XIII, cuando la Reconquista avanzaba con paso firme en la península ibérica, cuando las universidades se hallaban instaladas por todas las ciudades europeas, extendiendo el conocimiento racional englobado dentro del *trivium* y el *quadrivium*, cuando la convivencia con el mundo islámico, judío y oriental comenzaba a dar sus frutos, se quebró súbitamente.

El nuevo siglo XIV comenzó con el resonar de los cascos de los jinetes del Apocalipsis. La guerra de los cien años asolaba Francia e Inglaterra, el cambio climático que tuvo lugar arruinó cosechas y debilitó los organismos, y la peste bubónica o negra, ocasionada por los microbios provenientes de Asia que desembarcaron en Nápoles en 1347, y fueron extendidos por ratas y piojos, ocasionará una enorme mortandad que se calcula en un tercio de la población europea de la época. Este siglo traumático retrasará la evolución

que Europa había iniciado con el renacer urbano y comercial del siglo XII y reavivará los viejos miedos y fantasmas nacidos en lo profundo del medioevo europeo, como sucede de forma atávica cada vez que el continente sufre una crisis importante. Afloraron de nuevo nuestros temores ancestrales, que cuentos como *El flautista de Hamelin* o los diferentes relatos sobre ladrones y devoradores de niños nos siguen recordando, como traumas que aún permanecen en la memoria subconsciente colectiva.

La peste negra y otras epidemias que le sucedieron constituyeron un revés al renacer europeo, un golpe bajo a la civilización del continente. Europa se volvió intransigente y cerrada. Se persiguió y masacró a los judíos, a los que se acusó de envenenar los pozos y los ríos. Se dificultó el comercio, estableciendo cuarentenas a las mercancías y a los viajeros, que sólo retrasaban el contagio. Se cerraron progresivamente los baños públicos hasta su desaparición y se eliminó todo lo que significara encuentro e intercambio. Se recrudeció la Inquisición, se persiguió a herejes, a brujas, a todo aquel que pensara diferente. El vecino podía ser el enemigo. En algunas ciudades se estableció un sistema de delación anónima: cualquiera podía denunciar a su vecino si le consideraba sospechoso de herejía o de realizar prácticas contrarias a la moral cristiana. Nuevos movimientos milenaristas sacudieron Europa. Penitentes que se autoflagelaban, danzantes compulsivos que bailaban hasta morir, predicadores histriónicos que anunciaban el apocalipsis recorrían las calles de las ciudades antes de abandonarlas, mientras otros, según nos describe Giovanni Boccaccio en el *Decamerón*, se entregaban a satisfacer sus más reprimidos apetitos, seguros todos de su muerte casi inminente.

La inseguridad volvía a apoderarse de las mentes de los europeos, con consecuencias sociales y políticas que, aunque la crisis se supere a lo largo del siglo XV en las diversas regiones del continente, lastrarán el desarrollo de Europa en la Edad Moderna. Por cierto que la palabra inseguridad, o lo que es lo mismo, la obsesión por la seguridad, resuena hoy en los actos electorales, sabedores los políticos de que es una de las preocupaciones fundamentales de la población. A cambio de esa seguridad, sabemos que los pueblos pueden ser capaces, como lo fueron en la Europa medieval, de perder todos sus derechos, de entregarse atados de pies y manos a los poderosos con menos escrúpulos. Los tiempos han cambiado, pero no tanto la psicología humana. En el siglo XIX, los románticos mitificaron la Edad Media, la idealizaron como la época de los valores humanos frente al materialismo posterior. Es difícil hacer juicios de valor sobre momentos históricos tan alejados, pero el espectáculo que nos ofrece la Edad Media europea, con sus hambrunas y sus guerras, con su pobreza y abusos, no termina de compensar la parte más mística y espiritual, sencilla y solidaria que sin duda tuvo. Si Europa tiene conciencia histórica, tal vez pueda acordarse de la lección.

BIBLIOGRAFÍA Y DIRECCIONES WEB

Barreiro Rivas, José Luis (1997): *La función política de los caminos de peregrinación en la Europa medieval. Estudio del camino de Santiago*. Madrid, Tecnos.

Carandell, Luis (1998): *Ultreia. Historias, leyendas, gracias y desgracias del Camino de Santiago*. Madrid, El País-Aguilar.

Caucci von Saucken, Paolo –Dir.- (1993): *Santiago, la Europa del peregrinaje*. Barcelona, Lunwerg.

Charpentier, Louis (1973): *El misterio de Compostela*. Barcelona, Plaza y Janés.

Chocheyras, Jacques (1989): *Ensayo histórico sobre Santiago en Compostela*. Barcelona, Gedisa.

Duby, Georges (1981): *Europa en la Edad Media: arte románico, arte gótico*. Barcelona, Blume.

Eco, Umberto (1985): *El nombre de la rosa*. Barcelona, Lumen.

Follet, Ken (1994): *Los pilares de la tierra*. Barcelona, Planeta.

Goff, Jacques le (1984): *La baja edad media*. Madrid, Siglo XXI.

Oursel, Raymond (1983): *Rutas de peregrinación*. Madrid, Encuentro.

Pirenne, Henri (1972): *Las ciudades en la Edad Media*. Madrid, Alianza.

<http://netcall.com.mx/milenio/index.htm>

<http://www.caminosantiago.com/web/index.htm>

<http://www.ctv.es/iveh/cp/seccion/carpetgeneral/artes/atrasos/artatras/artatras1.html>

<http://www.newyorkcarver.com/index.htm>

<http://booky.metropoliglobal.com/libro104.htm>

TEXTOS

Calamidades y terrores del siglo XI. El gran hambre de 1032-1033

“Cuando se comieron las bestias salvajes y los pájaros, los hombres se pusieron, obligados por el hambre devoradora, a recoger para comer todo tipo de carroñas y de cosas horribles de describir. Algunos, para escapar de la muerte, recurrieron a las raíces de los bosques y a las hierbas. Un hambre desesperada hizo que los hombres devoraran carne humana. Dos viajeros fueron muertos por otros más robustos que ellos, sus miembros despedazados, cocidos al fuego y devorados. Muchas gentes que se trasladaban de un lugar a otro para huir del hambre y encontraban en el camino hospitalidad, fueron degolladas durante la noche y sirvieron de alimento a aquellos que les habían acogido. Muchos, enseñando a los niños una fruta o un huevo los atraían a lugares apartados, los asesinaban y los devoraban. Los cuerpos de los muertos fueron arrancados de la tierra en muchos lugares y sirvieron también para calmar el hambre. En la región del Mâcon muchas personas extraían del suelo una tierra blanca que se parecía a la arcilla, la mezclaban con lo que tenían de harina o de salvado y hacían con esta mezcla panes, gracias a los cuales esperaban no morir de hambre; pero esta práctica no aportaba más que la esperanza de salvación y un consuelo ilusorio. Sólo se veían rostros pálidos y demacrados, muchos presentaban una piel salpicada de inflamaciones; incluso la voz humana se hacía endeble, parecida a pequeños gritos de pájaros expirando...”

Crónica de Rodolfo el Lampiño, citado por Jacques le Goff: *La baja edad media*

La sociedad trinitaria de la Europa feudal. Elogio a la nobleza militar.

“Defensores son uno de los tres estados por que Dios quiso que se mantuviese el mundo: ca bien asi como los que ruega á Dios por el pueblo son dichos oradores; et otrosi los que labran et facen en ella aquellas cosas por que los homes han de vevir et de mantenerse son dichos labradores; et otrosi los que han á defender á todos son dichos defensores: por ende los homes que tal obra han de facer tovieron por bien los antiguos que fuesen mucho escogidos, et esto fue porque en defender yacen tres cosas, esfuerzo, et honra et poderio. Onde pues, que en el título ante deste mostramos qual debe ser el pueblo seer á la tierra do mora, haciendo linage que la pueble et labrándola para haber los frutos della, et enseñorándose de las cosas que en ella fueren, et defendiéndola et creciéndola de lo que los enemigos que es cosa que conviene á todos comunalmente; pero con todo eso á los que mas pertenesce son los caballeros á quien los antiguos decian defensores, lo uno porque son mas honrados, et lo al porque señaladamente son establecidos para defender la tierra et acrescentarla”.

Alfonso X el Sabio: *Partida 2ª, título XXI, introducción*

La explotación del peregrino

“Los malos posaderos de la ciudad de Santiago, la primera comida la dan de balde a sus huéspedes y se esfuerzan para que les compren velas o cera. ¡Oh, fingida caridad! ¡Oh, falsa piedad! ¡Oh, largueza encubridora de toda clase de fraudes! Si, por ejemplo, se hospedan en una casa doce peregrinos bajo unas mismas condiciones, el mezquino posadero les pone un plato ya de carne, ya de pescado, que en el macelo de la ciudad puede comprar por ocho dineros, y al fin les mete doce velas a seis dineros cada una, siendo así que en la plaza pública habrían podido comprarlas a cuatro dineros. O después de aquella fraudulenta comida la cera que podrían comprar por cuatro dineros, se la vende en seis. Y por la comida en que empleó ocho dineros les exige dos sueldos, o sean veinticuatro dineros. ¡Oh, qué nefando contrato! ¡Oh, qué detestable lucro!

Otros mezclan con la cera sebo de carnero o de cabra y habas cocidas sin monda, y de esta mezcla hacen velas. Otros, cuando los peregrinos les preguntan por los venerandos hechos del apóstol Santiago, les refieren fabulosas y detestables patrañas.

¿Y qué podré añadir respecto de los malos mercaderes? Unos compran las telas por vara muy larga, pero para venderlas, se valen de otra pequeña; otros venden paños ya podridos y apollillados por muy buenos y sanos; otros a los peregrinos les venden más caros que a los vecinos, las correas, las pieles, los cintos, los guantes y demás objetos que tienen para vender; otros están jurando a cada paso y falsamente por la cosa más insignificante. Estiran cuanto pueden los palos para que ancheen y alarguen, y venden por la piel de ciervo, correas, cinturones, bolsas, bragueros o vainas; que no son sino de piel de oveja, de cerdo o de caballo...”

De un sermón pronunciado en Compostela S.XII.
Claudio Sánchez Albornoz y Aurelio Viñas: *Lecturas históricas españolas*.

La invención de la ruta jacobea

“Basándose en esta diferente forma de delimitación del espacio cristiano, los poderes de Occidente rebasaron en su cosmogonía los modelos políticos de Bizancio, y apuntaron hacia una estrategia más universalista que les permitió no sólo recuperar la unidad del espacio cristiano occidental, sino extender su influencia, política, cultural y económica, hacia otros espacios que en modo alguno podían formar parte de un proyecto imperial mínimamente realista. A finales del siglo VIII el papa y Carlomagno coincidían, al menos instrumentalmente, en la necesidad de definir y ordenar el espacio de la cristiandad de tal forma que Roma ocupase el *centro*, porque de ello habría de derivarse no sólo una mayor legitimidad para la expansión del regnum francorum, sino una creciente relatividad del papel de Bizancio dentro de la cristiandad.

Para el objetivo de centralizar en Roma el *regnum christianum*, la sacralización del Finisterre, o del *occasum mundi*, constituía un requisito esencial, porque al tiempo que recuperaba para la ciudad eterna el centro del espacio geográfico del propio Mundo,

convertía a Jerusalén y Santiago en los referentes periféricos de las tierras apostólicas, e instauraba la legitimidad de la expansión de los francos sin necesidad de considerar al poder político de Bizancio o de los Omeyas de Córdoba como los límites naturales de su Imperio. De esta forma la Invención del cuerpo del apóstol Santiago en las tierras del fin del mundo, y la posterior creación de un espacio sagrado o de una ciudad santa en su entorno, vienen a constituir la culminación de un largo proceso de sustitución de la cosmogonía universal romana por la cosmogonía ecuménica de la Iglesia, que recupera en términos casi exactos la misma unidad espacial del Imperio, aunque sustituyendo las bases de su legitimidad y los supuestos jurídicos que lo vertebraban.

La construcción del fenómeno jacobeo, y la consiguiente reorganización de las *rutas mayores* de peregrinación se configura así como una respuesta precisa a los problemas de ordenación del espacio político occidental, y las claves para su explicación, como hecho social, conectan tan directamente con las motivaciones religiosas como con las razones de Estado. Y aunque hoy pueda resultar extraña esta confusión de dos órdenes causales tan ajenos a la mentalidad del hombre moderno, en la mentalidad del hombre altomedieval esta simbiosis entre los intereses y los fines de los poderes temporales y los religiosos no era más que una manifestación corriente de su cosmovisión política, a la que podía resultar normal, el ver como los círculos imperiales instrumentaban la fe religiosa para fomentar estrategias del poder civil, como el ver a Carlomagno presidiendo Concilios con temática estrictamente doctrinal, o firmando pragmáticas destinadas a la reforma de los clérigos o de los obispos que ejercían en territorios pertenecientes al dominio franco.

Negar esta conexión íntima y profunda entre el fenómeno jacobeo y las bases de la política carolingia, y sustituirlas por un proceso de pura adaptación de la Iglesia al medio político sería tanto como negar la estricta coherencia de los tiempos y los hechos históricos que enmarcan la peregrinación y sus resultados, y sustituirlos por una mera sucesión de hechos aislados y casuales que en modo alguno pueden aceptarse como explicación histórica de un hecho de tanta envergadura como el que nos ocupa”.

José Luis Barreiro Rivas: *La función política de los caminos de peregrinación en la Europa medieval. Estudio del camino de Santiago.*